

unir a todos los católicos bajo una bandera, protegerlos contra los atentados de los hugonotes y facilitarles la elección de un rey católico. En una capitulación secreta se obligaba el Papa a reconocer por rey de Francia al príncipe elegido y designado por don Felipe, en el supuesto de que aquél fuese realmente católico, pero puso a esta promesa una serie de condiciones que aseguraban su influjo y el de la Santa Sede en los asuntos franceses, y a cuya aceptación los plenipotenciarios españoles sólo pudieron ser movidos por la precisa declaración de que Sixto en caso de recusación había de romper las negociaciones. Los representantes del Papa habían también persistido en que se evitase toda expresión en favor de la Liga. Los representantes de don Felipe creyeron haber alcanzado mucho, por cuanto en los artículos no se hacía mención alguna de la integridad del reino de Francia (1).

Ya pensaban los españoles estar al fin — faltaban sólo las firmas del tratado —, cuando Sixto V, aunque estaba enfermo de calenturas, propuso a la congregación francesa con grande admiración de ésta la importante cuestión sobre si en la vacante del trono era incumbencia del Papa la elección del rey de Francia. Olivares y Sesa a vista de esta jugada quedaron sin palabra. Dirigieron al Papa un ultimátum hasta el 1.º de agosto, pero inútilmente. Sixto no ratificó. Hizo decirles que su obligación de cabeza suprema de la Iglesia le prescribía oír a la congregación francesa antes de obligarse definitivamente.

En aquellos días tristes halló consuelo Sixto V en su antiguo confidente, el embajador veneciano Badoer, quien por su parte empleó todas sus fuerzas en impedir que la Santa Sede quedase atada a España. Trajo al Papa las más recientes noticias de Francia y procuró mantener levantado su ánimo con la esperanza de la pronta rendición de París, la cual había de tener por consecuencia la conversión de Navarra al catolicismo. Elocuentemente describió Badoer cómo los españoles en todas partes llevaban la desventaja. «Quieren conquistar el mundo, dijo Sixto en son de burla, y no son poderosos para recobrar a Cambray» (2).

El 28 de julio se expresó el Papa con toda franqueza. «Queremos, dijo a Badoer, restablecer la paz en Francia, y a la verdad sin hacernos auxiliar de ambiciones ajenas». El prudente veneciano procuró

(1) V. Hübner, II, 347 s., III, 477 s.

(2) V. *ibid.*, II, 350 s., 354.

averiguar ahora la opinión del Papa sobre el rey futuro, haciendo observar: «Padre Santo, no será fácil arrojar de Francia a Navarra, que ahora está más victorioso y poderoso que nunca. Y ¿si se convirtiese?» «Ahora, respondió Sixto, no sería deber nuestro cerrarle la vuelta al seno de la Iglesia. Si acepta la religión católica, se le elige sin duda. Si una vez elegido se afirma en el poder, nadie podrá sobrepujarle» (1).

También la misión de Sesa estaba próxima a frustrarse. De lo que se daban perfecta cuenta, tanto Sesa como Olivares. A pesar de esto los españoles seguían amenazando. Ya se tenía noticia de sospechosas concentraciones de tropas españolas en la frontera napolitana (2). Después que Sixto hubo oído las opiniones muy divergentes de la congregación francesa (3), hizo una nueva propuesta. Como se consideraba terminada la comisión de Caetani (4), dos prelados debían ser enviados a Francia: Serafín Olivario a los partidarios católicos de Navarra, y monseñor Borghese a los partidarios de la Liga, ambos con el encargo de exhortar a todos a la elección de un rey católico dentro de un plazo determinado y en un lugar fijo. Olivares y Sesa, que conocieron en esto el intento de acelerar la conversión de Navarra, hicieron en una audiencia decididas representaciones en contra. Sesa calificó el envío de un agente pontificio a un príncipe hereje, de escándalo público, de un mal medio para apartar de éste a sus partidarios católicos, de una gravísima ofensa a su rey. «Nos no somos esclavos de vuestro rey, replicó el Papa sumamente excitado; ni le debemos obediencia, ni darle cuenta de nuestros actos. Nos somos el padre, y a los hijos no pertenece darle consejo sin ser invitados a ello». «Vosotros que lleváis la espada al lado, hizo observar Sixto, vuelto a Sesa, ¿queréis saber más teología que Nos, que hemos estudiado teología y otras ciencias? ¿Con qué derecho venís aquí para molestarnos y amenazarnos durante el calor de agosto? Mejor hubierais hecho quedándoos en vuestra patria. ¿Qué ha efectuado en Francia vuestro rey? Nada de importancia» (5).

(1) V. Hübner, II, 354 s., III, 493.

(2) Además de la relación de Niccolini en Desjardins, V, 146, v. la \*carta de Brumani de 28 de julio de 1590 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), en el núm. 37 del apéndice.

(3) Cf. Badoer en Hübner, III, 498.

(4) Cf. Desjardins, V, 141 y la \*relación de Brumani sin fecha, perteneciente a julio de 1590, en el núm. 36 del apéndice, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) V. la relación de Sesa de 7 de agosto de 1590, en Hübner, III, 499 s.

Aunque los cardenales Santori y Facchinetti advirtieron a los representantes de Felipe II, que su importuno proceder no había de hacer sino empujar a Sixto todavía más a la otra parte, continuaron éstos asediando al anciano Papa enfermo de calenturas. El domingo, 19 de agosto, se presentaron de nuevo para la audiencia, a fin de repetir lo cien veces dicho. Expresamente protestaron contra el envío de Seraffín, y exigieron alegando la obligación «casi» tomada sobre sí por Su Santidad, que al punto se aprontasen tropas para el contingente pontificio. El Papa les respondió con las palabras más ásperas; los embajadores declararon que con semejante tratamiento no podían presentarse de nuevo. Sixto V repuso que podían alejarse inmediatamente; luego, moderándose algo, añadió que les comunicaría sus ulteriores resoluciones (1).

Amargamente se quejó el Papa ante la congregación francesa de la conducta de los dos embajadores de Felipe II (2). Al cardenal Pinelli le dijo, que si las cosas continuaban así, tendría que publicar para justificarse una solemne declaración y exponer que los españoles bajo capa de religión sólo pretendían realizar en Francia sus ambiciosos planes políticos, y a él, el Papa, que en esto no quería dejarse utilizar como su instrumento, le acusaban de que favorecía la herejía, hacían predicar contra él desde el púlpito y le amenazaban con protestas (3).

Como el Papa quería ante todo ganar tiempo — cada hora estaba esperando la noticia de haberse apoderado Navarra de la capital de Francia, terriblemente estrechada por el hambre (4) —, dilató otra vez el envío de los dos prelados a Francia, disuadido también por los cardenales de la congregación francesa (5). Pero su resolución estaba tomada. Todos los diplomáticos de la curia lo conocieron. El papado — que ahora estaba firme — no se rebajará a ser instrumento de ambiciones políticas; Felipe II y la Liga no dispondrán de las exco-

(1) V. la relación del agente del duque de Urbino, que recibió sus noticias del Papa mismo, y la relación de Badoer en Hübner, II, 361 s., III, 513 s. Cf. también Santori, Autobiografía, XIII, 193.

(2) V. Hübner, III, 509, 513.

(3) V. Niccolini en Desjardins, V, 148.

(4) A 2 de agosto de 1590 escribía Brumani: \*Delle cose di Francia non si sente altro più del scritto, ma tutti stanno con la bocca aperta per aspettare qualche gran novità. \*De un modo semejante el 4 de agosto. El 18 \*notifica Brumani, que el mismo Sixto V le había dicho que creía que Navarra entraría pronto en París. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) V. la relación auténtica utilizada por Hübner (II, 362).

muniones del Vaticano ni de los tesoros del castillo de San Ángel; Roma defenderá la causa de la religión, pero juntamente también la causa de Francia; Francia permanecerá católica y no desaparecerá como gran potencia; queda resguardado el equilibrio europeo y con él la libertad de la Santa Sede (1).

El gran peligro estaba alejado. Sixto V salió vencedor de la larga y viva pelea, pero la victoria había sido alcanzada a precio de su vida. Los más diversos motivos concurren a consumir las fuerzas de su robusta naturaleza: la continua excitación en que le ponían las luchas nunca oídas con los españoles; el dolor que le causaban las reconvencciones tan injustas como pesadas de los más exaltados entre los españoles y los de la Liga, como si favoreciese a los herejes, mientras que en ciertas clases sociales de Venecia se le injuriaba como a puesto a sueldo de Felipe II (2); las extraordinarias dificultades de su situación, que él mismo había empeorado dos veces con faltas políticas; la responsabilidad que pesaba sobre él en la decisión de tan graves cuestiones religiosas; finalmente la impetuosa de su temperamento.

El consistorio celebrado por Sixto V el 13 de agosto debía ser el último que tuvo. Abriólo con una alocución característica. Dijo que como Jesucristo nuestro Redentor compartía con sus apóstoles las alegrías y las penas, así también él, su Vicario en la tierra, se creía obligado a manifestar a los cardenales lo que llenaba su corazón de contento o de dolor. Que hoy tenía que comunicarles ante todo dos noticias satisfactorias: que la una pertenecía al terreno temporal, la otra al espiritual. Que en el primer respecto podía notificar que sus galeras habían apresado tres naves de piratas; que éste era el primer buen éxito que había conseguido su escuadra. Que la segunda nueva era no menos satisfactoria: que su nuncio notificaba desde Suiza, cuán favorable influjo ejercía allí la vuelta del margrave de Baden a la Iglesia, a quien imitaban muchos envueltos en la herejía. Pero que una triste noticia le había llegado de Madrid, donde un jesuita se había propasado tanto, que en el púlpito había reprendido al Papa como a un partidario del de Navarra y fautor de herejes. Sixto se

(1) A esta excelente descripción de la situación hecha por Hübner (II, 363 s.) se adhiere también Herre (407 s.).

(2) V. la Canzone Veneziana en el Arch. d. Soc. Rom., VII, 490 s., la cual refleja las ideas de Carpi, cosa que no ha hecho observar el editor. Una canción cantada en Saboya, que irritó al Papa, menciona Brumani en su \*relación de 16 de junio de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

explayó largamente sobre esto; con palabras de irritación extendió también su censura a la Orden de los jesuitas y habló al mismo tiempo con vehemencia contra el rey de España, en cuya capital había acaecido este suceso sin que nadie hubiese castigado al predicador. ¡Qué hubiera sucedido, añadió, si un Padre hubiese predicado contra la Cruzada! Al fin destinó Sixto un importante subsidio para socorrer a los habitantes del Estado de la Iglesia, que se hallaban en grave necesidad por una mala cosecha. Con satisfacción hizo constar, que con su política económica estaba en situación de disponer de importantes sumas, no para con ellas mover guerras, sino para hacer beneficios. Que por eso proponía destinar medio millón de ducados para socorrer a sus súbditos (1).

El altercado de 19 de agosto con los representantes de Felipe II había perjudicado terriblemente la salud del Papa, a la que también causaba mucho daño el ardiente calor del verano de Roma (2). El 20 de agosto le sobrevino una intensa fiebre. A pesar de su debilidad el 21 de agosto juntó otra vez la congregación francesa. Pero su discurso fué el de un calenturiento: enredado, incoherente, abundante en contradicciones. Estaba lleno de las más vehementes quejas contra España; decíase en él que Felipe II se haría aún proclamar dios; que si Seraffín Olivario conseguía la conversión del de Navarra, debía recibir el capelo cardenalicio (3). Seis días más tarde exhalaba el Papa su fogosa alma.

Prescindiendo de algunas vacilaciones transitorias, explicables por las dificultades de la situación, Sixto V había padecido y luchado

(1) V. Acta consist., 874 y la \*Relación española del consistorio de 13 de agosto de 1590 en el Cód. 6423, p. 12-13 de la *Biblioteca pública de Viena*. Cf. Hübner, II, 52 s., 365 s.; Astráin, III, 710. Sobre el jesuita Juan Jerónimo cf. arriba, pág. 169 s. No consta con toda precisión el texto del expresado pasaje del sermón del P. Juan Jerónimo contra Sixto V, predicado en Madrid en la fiesta de la Ascensión de 1590. Sixto contó al embajador Badoer que Jerónimo había dicho: «Llorad, hermanos, pues una Señoría, algunos príncipes, y hasta el Papa...»; aquí se interrumpió, puso el dedo sobre la boca y continuó: «Chito, chito»; luego añadió en voz baja: «apoyan al hereje» [Enrique IV]. El proceso del nuncio pontificio Aníbal de Grassis, que fué remitido a Sixto, y la información notarial del rector de los jesuitas, P. Porres, hasta ahora no se han podido descubrir todavía (v. Astráin, III, 482).

(2) V. el \*Avviso de 11 de agosto de 1590, Urb., 1058, p. 407, *Biblioteca Vatic.*

(3) V. las relaciones de Aragón y Sesa de 21 y 22 de agosto de 1590, en Hübner, II, 367 s. y la relación de Badoer de 25 de agosto de 1590 en Mutinelli, I, 185. Cf. Rocquain, *La France*, 429.

constante y valientemente como un héroe hasta el último aliento por su convicción (1). No le fué dado ver la victoria de su política de prudente expectativa; pero al fin el curso de los acontecimientos le dió la razón. Después de cuatro años Enrique IV entró en París; después de cinco años Clemente VIII le recibió de nuevo en el seno de la Iglesia. Sixto V había preparado esencialmente este resultado.

(1) Juicio de Hübner (II, 387 s.). Sobre la conducta de Sixto V consecuente y enderezada siempre al mismo fin durante estos agitados meses v. también Herre, 407, el cual da este juicio: «Él quería obrar como única cabeza suprema espiritual de la cristiandad católica, cuya autoridad debía estar sobre todo influjo secular».